

LA MÁS ESCALOFRIANTE HISTORIA DE HORROR

Frank Gámez (Francisco Gámez Pascual)
Mayo 1990

*La más espantosa historia de terror
es aquella que no es ficción.
F. Gamez*

Tinieblas intensas... absolutas.

Silencio sordo, opaco, sin eco... infinito.

Lodo frío y espeso disuelto entre el olor a tierra mojada.

Sensación de un estrecho encierro entremezclado con humedad penetrante.

Perdido en la vasta distancia subterránea, de pronto un rumor grave y deforme se produjo. Ruido de tierra que se movía.

Provenía de abajo – de arriba – de los lados – de todas direcciones.

Viajaba rápidamente, llevando un mensaje de amargura por los espacios cerrados y oscuros entre los que viajaba, entremetiéndose a su antojo entre cada partícula de tierra y piedra que hallaba a su paso, cada raíz de árbol y manantiales de agua, minerales e incluso fósiles enterrados por millones de años.

El ruido progresaba expansivamente, como una plaga que avanzaba hacia el frente, propagándose, hiriendo, dañando. Un ruido aterrador, capaz de envenenar el alma en un instante.

El féretro con el cuerpo estaba enterrado, pero la tierra que se encontraba sobre ella estaba retirándose misteriosamente de encima a una velocidad prodigiosa, como si un gigantesco animal estuviera rascándola con sus patas delanteras y lanzándola por debajo de sí hacia atrás, cayendo a dos o tres metros de distancia.

Nadie hubiera soportado ver aquello sin enloquecer del pánico. Los terrones de barro y tierra compacta encima del ataúd temblaban para luego moverse lentamente primero hasta tomar velocidad, elevándose todos en la misma dirección, siendo despedidos afuera, cayendo como una sucia y veloz lluvia negra, formando un pequeño montículo a modo de cabecera del sepulcro.

Segundos después quedaba al descubierto el féretro rectangular maltratado por el paso del tiempo.

Los demás sepulcros del cementerio también estaban siendo desenterrados por el extraño poder. La tierra que los cubría iba apartándose de encima, amontonándose a ambos lados o siendo escupida hacia atrás, dejando una macabra accesibilidad a las cajas, aún selladas.

Una a una fue trabajada cada pequeña habitación de muerte de todo ser humano allí enterrado. Incontables ataúdes quedaron expuestos. Ningún muerto fue olvidado, no importando cuántos años llevara allí. Todos fueron exhumados.

No podía verse aquel espectáculo espantoso, dada la absorbente oscuridad, pero no era necesaria iluminación para que tan macabra tarea se llevase a cabo hasta su conclusión final.

Al concluir el proceso de desenterramiento se escuchó el ruido espeluznante de los

féretros, que iban siendo abiertos sin ayuda de mano o instrumento alguno.

Cualquier espectador que hubiera estado allí, de sobrevivir tan impresionante experiencia, se hubiera preguntado si no había sido suficiente horror haberlos desenterrado. Al contrario, parecía que había que espiar en su interior, verlos y entremeterse comprobando que allí dentro estaba cada uno de sus ocupantes, sin importar el estado en que se encontrasen.

La madera y demás materiales que conformaban cada caja reventaban con sonidos grotescos y amenazadores, haciendo dar saltos a los cuerpos de sus silenciosos habitantes, quedando en posiciones irregulares.

Ni una sola sepultura era olvidada.

Todo estaba siendo profanado.

Todo muerto estaba siendo descubierto.

La velocidad con que aquello sucedía creció, como si empezase a perderse la paciencia, sin aguantarse la sombría curiosidad por ver dentro de cada vivienda mortal, como si fuese un jardín con millares de regalos ocultos que debían ser desenterrados. Un juego donde la novedad de haber descubierto el contenido de la primera caja había pasado rápidamente, dando lugar a la ansiedad terrible por abrir la siguiente.

La consigna era abrirlas todas y ver quién había dentro. Era un proceso con sus leyes y reglas propias. Se había abierto un ataúd, el primero. Luego se abrió el siguiente, y otro, uno por uno, para pasar a un ritmo de dos en dos, tres en tres, cuatro, cinco y así con el número creciente, todo se aceleraba exponencialmente, con los féretros vibrando, tronando y reventando al unísono, como una Sinfonía Macabra, un concierto de madera, clavos y cadáveres, interpretada por la Orquesta de la Muerte.

La tapa de su caja se desgarró en pedazos y saltó al aire en un gran estallido, entre astillas de madera y clavos doblados y oxidados.

El intimidante ruido se repitió en un eco interminable por todo el cementerio hasta que el contenido de todos los ataúdes quedó expuesto. Cayeron las astillas de madera en forma de una nube descendiente, que se fue aposentando en la tierra removida y dentro del ataúd, como si fuera un velo gigantesco que cubría de nuevo cuanto había destapado en el cementerio, ocultando con vergüenza lo que acababa de descubrir.

Concluida la tarea en su totalidad, el silencio recuperó su dominio, frío, sobre la ciudad de los muertos.

Un instante de reposo había sido concedido a los muertos.

La oscuridad dominaba a la vista. La humedad afectaba al tacto. La podredumbre sofocaba al olfato. Todo continuaba bajo el apretado dominio de la muerte.

De pronto, el lugar fue invadido por un nuevo ruido.

Esta vez no provenía de arriba, sino de abajo.

Del interior de cada tumba.

Ruido de huesos que se golpeaban unos a otros juntándose e injertándose entre sí, para dar en forma maestra la antigua estructura ósea a los cuerpos que yacían sin vida. Clavículas y columnas, fémures y tibias, cráneos, costillas, cientos de huesos se arrastraban sobre la madera de cada caja, como tiradas por un hilo invisible, dejando marcado su camino sobre el polvo, cenizas y desechos, como la huella de mil serpientes. Las piezas óseas avanzaron hasta tocarse unas con otras, encajándose entre sí hasta

quedar tal y como el cuerpo era a la hora que la muerte lo había sorprendido.

Huesos que por el paso de los años se habían convertido en polvo empezaron a formarse y crecer de la nada: las motitas grisáceas o amarillentas se desplazaban como hormigas sobre la madera podrida de los ataúdes; se tocaban unas a otras y se pegaban entre sí, corrían y se chocaban, adhiriéndose, creciendo, granulándose, consolidándose hasta recuperar su forma de antaño.

Su cuerpo estaba siendo armado nuevamente, tal y como cada otro cuerpo había sido restaurado. Allí y en cada cementerio del mundo, cada lugar donde había un difunto, sin importar los días o milenios que llevase durmiendo el sueño de la muerte. Incluso los que se encontraban bajo la superficie de los lagos, ríos y mares. Cada tumba escupió a sus respectivos cadáveres, como pagando un obligatorio tributo, quedando todos tendidos en las playas respectivas.

Millones de esqueletos. Billones. Trillones. Una multitud incontable.

Los esqueletos, inertes, esperaron.

Algo nuevo estaba por acontecer.

Entonces por debajo de la tierra ascendió un nuevo ruido, etéreo, como viento, mientras que del cielo descendía un zumbido similar, acompañado por una espesa niebla formada por unas figuras amorfas, fantasmales. Unas figuras terribles con movimiento propio, vida propia.

Las misteriosas formas se deslizaron flexiblemente entre los montículos de tierra removida, los panteones y las cruces ensartadas desordenadamente por todo el cementerio y empezaron a bajar, cada una a una tumba distinta, en la angustiada búsqueda de sus respectivos cuerpos.

Era el fin del exilio. Los propietarios de los esqueletos regresaban a su morada original. Provenían del cielo algunos y de debajo de la tierra los otros.

Una de aquellas figuras demenciales entró a su posada de muerte, una figura amorfa, que se unió a su esqueleto con una especie de maullido triste. El esqueleto, al ser invadido por ella, sufrió una conmoción, dio un salto y quedó torcido hacia un lado de la caja.

Inmediatamente los huesos empezaron a llenarse de carne por dentro y de piel por encima como una membrana blanquecina y delgada que giraba con vertiginosa rapidez y habilidad alrededor de los huesos. Los tendones fueron apareciendo en su lugar, los órganos se desarrollaron rápidamente, los sistemas comenzaron a temblar dispuestos a iniciar en breve su trabajo de antaño.

Todo el cuerpo fue cobrando forma, utilizando las orillas podridas de la madera del féretro como marco de la horrible obra de terror.

El proceso de llenado hasta su conclusión no había terminado aun cuando su mente empezó a trabajar, permitiéndole sentir la experiencia de cómo se llenaba su cuerpo de carne.

Aquella era una sensación aterradora, como si cientos de miles de manos diminutas le estuviesen tocando, inquietas, frías, desagradables, palpándolo por todas partes, con insana curiosidad. Cosían la piel con la piel, carne con carne, tejiendo una tela de imposible manufactura humana.

Desarrollaron su cuerpo sin descansar un solo segundo y, al terminar, le dejaron en paz. Sólo un temblorcito quedó sobre los globos de sus ojos y en su pecho, a la altura de su corazón, como si la tarea fuese más compleja y necesitase unos momento más.

Hace un minuto era polvo. Luego fue un esqueleto. Ahora era él de nuevo, completo. Sus ojos vibraron de nuevo, faltando aún un poco más para formarse por completo. Sin poder evitarlo, tuvo que abrirlos.

Los movió alrededor, desconcertado, pero nada logró ver.

La oscuridad se imponía sobre todo el mundo.

Y sin embargo supo muchas cosas, sin haberlas visto. Supo que había muerto, y que estaba metido en su féretro. Pero también supo que estaba vivo, aunque incompleta su formación corporal.

Empezó a recordar todo, como estrellas fugaces que cruzan un instante el cielo y desaparecían rápidamente.

Recordó cómo había vivido.

Cómo había muerto.

Cómo había sido su vida después de la muerte. Una imagen espantosa llegó a él y desapareció de inmediato, quedándose de nuevo vacío de recuerdos. Un momento después todo pasó a un extraño olvido.

Un temblor en su cuerpo. ¿Un dolor en su corazón? ¿En su cabeza? Lo único que quedaba activo en su imaginación era el recuerdo que había muerto durante una noche de tormenta. Siempre pensó que tendría tiempo en el minuto final, que sabría más o menos cuándo fallecería y que podría planificar las cosas rodeándose de su familia, Sacerdotes confesándole después de una vida sin Dios para luego obsequiarle el último Sacramento y sellarlo con la Eucaristía para realizar su último viaje. Pensó que tendría tiempo de sobra en el último día, que obtendría misericordia luego de una vida de ofensa a la Misericordia. Había creído tantas cosas... pero no había sucedido así. Simplemente se acostó en una noche de tormenta y nunca llegó a despertar, sino hasta ahora, dentro de su caja mortuoria.

Se sentía frío, inmóvil, como trabado, sus huesos, carne, músculos, todo él.

Notó que de pronto su garganta se liberaba. Podía respirar, y el aire que pasaba por su tráquea pasaba también a través de sus cuerdas vocales. Lo supo porque un gemido brotó de allí.

No sabía qué sucedería, pero de alguna manera lo intuía. Lo que seguía era peor.

En el mismo momento escuchó un grito infrahumano, terrible, no muy lejos de donde él estaba. Entonces empezó su miedo. Y era tan sólo el principio. La poca sangre que estaba sedimentada en sus venas y arterias se congeló al escuchar aquello. Era un aullido proveniente de una garganta que semejaba a la humana. Luego otro. Y otro. Espantosos, desesperados. Degenerados. No podía ver nada, pero los escuchaba. Muy cerca suyo. Casi a su par. Posiblemente en la tumba al lado de la suya.

Su terror creció. Sentía que convulsionaba. Algo más estaba agregándose a aquellos gritos. Eran otros gritos, pero diferentes, proveniente de un ser de naturaleza distinta.

Confuso sabía que algo estaba sucediendo allá afuera, en el cementerio, algo terrorífico. Parpadeó varias veces con enorme dificultad y cansancio, procurando comprender. De pronto, emitió un involuntario quejido doloroso, al ser sorprendido por una serie de picotazos en su pecho. Enfocó su visión. Sobre su cuerpo, acostado boca arriba, de cara a la noche negra y muerta, se encontraba una figura fantasmal de una luminiscencia aterradora tratando de entrar en él, de meterse en su pecho.

Chillaba con maullidos tristes, con silbidos altísimos, desgarradores, sonidos histéricos y angustiosos, como el de una flauta desafinada, mientras presionaba una y otra vez frenética sobre su tórax para entrar dentro, para tomar posesión de su cuerpo. Tomaba altura con temible agilidad, se doblaba de pronto dejándose luego caer de

nuevo, con fuerza. La piel se encogía a cada embate, amenazando con ceder. Tembló de pavor, de miedo, de horror, de dolor. Intentó quitárselo de encima a manotazos, como si espantara moscas, pero la figura era fantasmal, impalpable. Giró sobre él e intentó meterse por la boca y los oídos. Se cubrió las manos y los brazos la cabeza, gimiendo del horror.

La forma fosforescente hizo unos últimos intentos de apoderarse de él haciendo extrañas y funestas contorsiones, subiendo y bajando, sin disminuir velocidad, siempre igual, arqueándose sobre sí misma en el punto más alto de su trayecto para dejarse caer y descender con la misma vertiginosa rapidez, desplazándose como si la gravedad no tuviese poder sobre ella, como una pelota de hule de rebotes infinitos.

En el momento que sentía que la piel no soportaría más, el espectro lo abandonó, continuando su lastimosa búsqueda de su verdadero cuerpo en otro sitio del cementerio.

Por fin adquirió dominio de sí mismo y algo de fuerzas, pudiendo incorporarse lentamente hasta quedar sentado en su féretro. Le rodeaban las paredes de tierra y lodo, dentro del agujero en el que habían hecho descender su ataúd.

El cambio de posición le permitió escuchar más claramente los gritos desquiciados que sonaban por otros lados del cementerio. Probablemente los demás habían corrido alguna experiencia similar a la suya con aquellas extrañas figuras. ¿Qué otra cosa podía ser, si no? Sin embargo, gritaban de un modo cruel, que denotaba odio y rencor, en vez de pánico al ser atacados por los fantasmas. No, no... aquellos gritos eran otra cosa, chillaban de un modo distinto, como si hubiese otra cosa por la cual gritar, otra cosa mucho peor que lo que él acababa de vivir.

Ante el temor de un mal mayor, su aprensión subió en intensidad.

De haber sabido lo que estaba por ver, se habría quedado tendido dentro de su ataúd por siempre, esperando por la muerte, si es que alguna vez le volvería a llegar. Habría escogido cualquier tortura física, cualquier mutilación, cualquier castigo atroz, si ello hubiera significado evitar encontrarse con lo que se iba a topar. El delirio de la noche de muertos apenas si había dado inicio.

Todo estaba empezando a ser ligerísimamente iluminado por una fosforescencia que le permitía distinguir apenas una que otra sombra o contorno. Con dificultad logró ponerse de pie y trepar entre los orificios en la tierra alrededor de su féretro, hasta que pudo salir de su tumba.

Se estiró con dolor y quedó estático allí, a tres cortos pasos de lo que le pareció era una placa con su epitafio, debidamente labrado. Respiró con dificultad. Intentó imaginar lo que su inscripción sepulcral decía, seguramente ideas lindas, de paz, de consuelo, de Fe de parte de su familia.

Dio un paso al frente y se percató de la profunda debilidad que tenía. Dirigió su vista a los lados. La neblina distorsionaba la poca luz que se percibía desde su nueva posición, intensificando el deprimente aspecto del cementerio con las ramas pesadas y fantasmales sobre el campo plagado de cruces oscuras, los montículos de tierra húmeda, los sepulcros viejos y fracturados, las tumbas abiertas despidiendo a sus muertos con sus jirones de humo y polvo, los gritos y gemidos alrededor... Quería llorar de tristeza y dejar escapar algo de su espantosa soledad interior.

Al tercer paso cayó al suelo. Sus piernas no lograron sostener el peso de su cuerpo. Tomó una bocanada de aire y se esforzó en ponerse de pie. Caminó de nuevo, más despacio. Sus pies se hundían ligeramente en la tierra empanzada de agua y hojas quemadas.

Cada pequeño paso estaba marcado por el inestable balanceo de su cuerpo y un

temblor que recorría sus piernas, de arriba a abajo.

Caminó de aquella manera apenas unos pocos metros y se detuvo en seco. Estaba agotado.

Un chasquido sonó cerca suyo.

Casi no miraba nada, pero sabía que alguien -o algo- estaba allí, muy cerca suyo.

En un hilo de incertidumbre sofocó su propia respiración, esperando a ver qué sucedía.

Al forzar su oído se percató de un curioso zumbido residente dentro de su cabeza, un zumbido que le pareció que venía escuchando desde que había despertado de su sueño de muerte, pero que no había captado conscientemente. El curioso silbido quizás se debía a que la circulación era deficiente, o el cansancio que tenía.

Trató de compensar su incapacidad de oír agudizando la visión. Era muy difícil distinguir nada.

Un nuevo chasquido.

Comprendió. Alguien más estaba junto a él.

Sacando fortaleza de donde casi no la había, decidió entrar en contacto con la persona. Quizás podrían ayudarse como dos víctimas en un mismo naufragio.

Tomó un poco de aire y lo expulsó con dificultad por la boca, procurando formar palabras, pero apenas si brotó un ronquido de su garganta. Calló al momento, asustado de su propia voz, cortada, grave, destruida. Pero, en un mundo tan extraño como aquel, donde un muerto resucitaba, los fantasmas corrían libremente por el cementerio y la voz más armoniosa del mundo parecía la de una bestia que rugía, su voz era casi irrelevante. Todo podía pasar ya, podía esperar encontrar ante él el ser de pesadilla más horrendo del universo. Podía ser devorado por él. Podía ser cualquier cosa.

-Q... q... -fue lo único que consiguió pronunciar, espantoso, inhumano, una voz seca y apegaminada. Su corazón palpitaba brutal y extrañamente contra las costillas, machacando con cada latido los trozos de tierra que allí habían quedado atrapados, entre la piel y los cartílagos.

Esperó, poseído por un temblor constante, imparable, como si estuviese desnudo en medio de un cuarto de congelación.

De pronto, le llegó la respuesta: otro ruido como el que él había emitido. Una voz destruida, podrida, forzada.

El tiempo que tardó en ser elaborada la respuesta del desconocido debió haberse debido al miedo que seguramente había tenido al toparse con alguien en medio de aquella pesadilla.

A pesar del asco que sintió, se sintió llamado a acercarse al otro, un semejante suyo perdido en aquel mundo imposible. Trató de verlo en medio de la oscuridad, pero apenas si era una silueta que se fundía en medio del negro ambiente. Sin querer, se topó con él, que también había estado avanzando a ciegas hacia el frente. Al contacto, ambos lanzaron un grito de sorpresa, dos gritos que parecieron bramidos de animales acosados. Sufrió un mareo y se inclinó para no evitar caer al suelo. Dio varios traspiés y se quedó encorvado con los brazos a la par intentando guardar el equilibrio.

Pero si sus voces le habían parecido tenebrosas, peor aún era el descubrimiento que acababa de hacer al tocar con sus dedos al extraño.

En ese fragmento de segundo que lo había palpado había sentido como si estuviera vacío. Como si aquel ser no fuese más que hueso con carne floja y apenas algunas pocas fibras de músculo sobre sus huesos.

Se palpó su antebrazo confirmando su impresión. El mismo, su piel, su carne, su

propio ser no era tampoco normal, fuerte, como siempre había sido. Más parecía que su cuerpo era como una fruta madura, llena de líquido, que se encogía apenas con un poco de presión que hiciera con los dedos. Quiso vomitar y dio un paso hacia atrás en la oscuridad, jadeando, con una larga baba cayendo sobre su pecho. Se formó un espasmo en su estómago, pero no había nada que expulsar de su interior. Sólo escuchó los ruidos de su organismo dando forma al vómito para cesar momentos después.

Se llevó las manos al estómago y se quedó así mientras daba un paso atrás, queriendo apartarse del extraño. Pero en el fondo sabía que el enigma que les rodeaba era mejor enfrentarlo juntos. Después de todo lo sufrido, seguramente nuevos horrores estaban por presentarse. Le dio la impresión que el otro pensaba igual porque se quedó allí, a su lado. Optando por callar, iniciaron su marcha, tristes, asustados, al borde de la locura.

Caminaron lenta y pesadamente, rodeando una cripta muy alta. Al lado opuesto del tétrico monumento se encontraron de frente y totalmente de imprevisto con una figura, más extraña aún. Inmediatamente cayeron al suelo, hacia atrás. Era una figura humana, un hombre, como ellos, pero brillante, del cual emanaba luz blanca. Vieron que lo que radiaba parecía ser una especie de sentimiento o algo acerca del estado de su ser, que se desprendía de su interior y atravesaba su piel, algo de una muy curiosa belleza que no pudieron definir, excepto felicidad, dicha, armonía.

Ambos, sorprendidos, vieron que en los ojos de aquella persona centellaba la misma felicidad que su cuerpo mostraba, confirmando que provenía desde su interior, en una armonía total, manando en abundancia, desbordándose por todo su ser; una representación exterior de lo que significaba la gloria auténtica.

La cantidad de luz que despedía era tanta, que cuanto había a su alrededor quedaba alumbrado completamente, disparándose sombras en forma de irradiación donde aquel hombre era el centro, como un sol con su luz centellando sobre todo, incluyéndolos a ellos dos. Al momento se voltearon para dirigirse la mirada entre sí.

Se vieron el uno al otro.

Al instante emitieron un alarido espeluznante de sus gargantas abiertas, en las que se podía ver la tráquea junto con la desagradable cantidad de vasos capilares palpitando con brusquedad al desperfecto ritmo de sus angustiados corazones. Ambos eran seres oscuros y cadavéricos, masas humanas incompletas y mal formadas, como las de un muerto cuyos miembros se hallan ya corrotos por el paso del tiempo. Eran una visión espantosa que causaba asco y lástima.

Los ojos, tan rojos, que no había rastro de pupila ni iris en ellos y sus piezas dentales, que más parecían oscuras piedrecitas desgastadas de río combinadas con otras semejantes a conchas afiladas.

El pelo era una mezcla de tierra con hilos de telarañas y la cara, un mapa azulado surcado por arrugas profundas y diversidad de fracturas.

La piel, fragmentos de tela pálida y quebradiza, salpicada por abultaciones secas y cubierta de plasma y flemas.

Las articulaciones se encontraban entumecidas, gruesas, infectadas, y no permitían a las extremidades moverse con libertad.

Sus columnas estaban desviadas, jorobadas, cubiertas por un ropaje de andrajos con olor a animal muerto.

Para cuando sus gritos y sollozos menguaron, el extraño hombre ya había abandonado la miserable escena, dejándolos nuevamente en las temidas tinieblas

anteriores.

Procuraron irse tras él, pero no podían andar tan rápido como él lo hacía.

La agilidad del hombre superaba drásticamente la torpeza de ellos dos.

Caminaron, corrieron como pudieron detrás suyo, pero se iban quedando cada vez más atrás. En su torpe avanzar se toparon con una cripta gigantesca que no pudieron bordear, a diferencia del otro ser, que inexplicablemente pasó a través de ella.

Viendo ellos que se les iba, intentaron rodearla por el otro lado, en un angustioso último intento por hacerle el encuentro quizás en el lado posterior. Tropezaron al mismo tiempo y cayeron al suelo. Entre quejidos lograron ponerse en pie nuevamente, pero era ya tarde. El hombre de luz se había perdido de su vista y su alcance. Había tomado otro camino.

Apoyó sus manos sobre sus rodillas, sollozando desesperado y confundido.

Al subir la vista vio que enfrente de ellos dos había una vista bastante amplia del cementerio, que descendía ladera abajo hacia un campo gigantesco en el que había un enjambre de luz que se movía en distintos puntos, un océano de luces centellantes que contrastaba con la mortecina pasividad que les había rodeado a ellos dos hasta ahora. Dirigieron sus miradas hacia la diversidad de aquellas figuras como luciérnagas de fiesta en un jardín. El hombre que se había apartado de su presencia un momento antes no era el único.

Había más como él. Muchos más. Y todas aquellas personas radiantes, dispersas en el cementerio parecían que iban progresivamente reuniéndose allá abajo, sobre una colina de baja altura. Daban gritos de victoria con una voz diferente a las dos suyas. Sonreían, se abrazaban y aplaudían al encontrarse con conocidos o familiares que también tenían la dicha de poseer cuerpos incorruptibles. Se fue formando un círculo de luz y vida en aquella región lumbrosa del cementerio.

Con inmenso dolor, apartaron su vista de allí. Sintió repugnancia de sí mismo y odiaba la idea de estar con cualquiera que se pareciese a él. Entre sollozos, se separaron, deseando no volverse a ver nunca más.

Aquel odio de pronto se convirtió en un volcán interior indomitable que explotó en una marea de rencor y un deseo de hacer daño, de desquitarse, de vengarse de algo que ni siquiera entendía qué era. El sentimiento primal creció desproporcionado y corrió por sus delgadas venas, que no eran más que tubitos orgánicos rígidos y oscuros, infestados de coágulos y abultaciones grises. Se sentía como una fiera hambrienta, pero no había a quién desgarrar. Un nuevo deseo de vomitar lo dobló al frente y se quedó allí esperando a que pasara aquella nueva marea.

Se enderezó y al contemplar de nuevo aquella escena de los hombres luminosos al otro lado hizo que brotara una lágrima enrojecida de sus ojos, cristalizándose apenas un segundo después. Se ahogaba de rabia y pánico. Entre ruidos animalescos que emergieron de su cuello, se alejó de allí, debatiendo qué hacer. Morir no era ya posible. Eso ya había sucedido. No existía ya tal alternativa. No podía aferrarse a la esperanza de que algún día en el futuro caería muerto y todo terminaría por fin para él. Ya había muerto. Y sólo se muere una vez. Debía afrontar lo que era ahora: un ser de confusión, frustración, miseria e incertidumbre por siempre.

Aún se oían gritos desquiciados que venían de entre la tierra removida desde distintos sitios del cementerio. Aquellos que eran como él se estaban encontrando con su propia realidad. Sintió su corazón expresarse. Por la cantidad de gritos que se oían, parecía que era mayor la cantidad de seres cadavéricos, como él, que la de los privilegiados,

como los que había visto poco antes.

Sintió una morbosa necesidad de dirigirse hacia los que eran como él, aunque lo detestara. Dudó, pero era un mandato interior imposible de resistir. Latía como un faro dentro de su cerebro informe. Se dejó arrastrar. Sus miembros se movieron casi maquinalmente hacia donde debían llevarlo, hasta una colina tras la cual se estaban reuniendo los suyos, cada vez en mayor número, como un centro de atracción. Allí sollozaban en silencio, frente al montículo perteneciente a los hombres brillantes, extasiados por la esencia de la suprema felicidad en que se habían convertido.

Se situó entre los de su misma ralea, pero no les dirigió la palabra. Ellos ni siquiera subieron la vista del suelo cuando él por fin llegó hasta allí.

No sabía cuánto tiempo pasó así cuando, de pronto, sus ojos alterados quedaron heridos por una gran cantidad de luz pura y armoniosa, aún superior a la de los hombres luminosos. La vio bajar desde muy lejos, venía del Cielo. Al llegar a la altura del horizonte se movió en dirección de ellos, haciéndose más intensa a medida que se acercaba. Las figuras blancas se abrazaron con mayor alegría, reacción que le resultó incomprendible.

Aquella nueva luz blanca alumbraba ya todo el lugar. Era tan poderosa que le parecía que alumbraba el mundo entero. Sintió una corrección interior que no supo explicar su procedencia, pero entendió que la luz no iluminaba al mundo sino al universo entero.

Embriagaba con sólo verla. Parecía todo como un sueño, una fantasía, una avalancha de belleza y gloria que se les venía encima desde arriba.

La corrección interior se manifestó de nuevo y supo entonces que la bonanza de la Luz no era para él sino para los otros, a lo lejos. Para él lo que llegaba era condena.

Todo alrededor estaba tomando un tinte blanco, como si ese fuese el color verdadero de las cosas. Cada objeto y persona reaccionaba ante la luz empezando a revelar facetas y ángulos desconocidos a los ojos de los demás e, incluso, a sí mismos. Ante sus mismos ojos todo estaba cambiando, transformándose.

Los hombres brillantes, reunidos aparte, loaban, como si fuese un espectáculo de maravilla y regocijo.

Los hombres cadavéricos lo detestaban y se rebelaban interiormente con un odio creciente, un resentimiento que sabían que debían de dirigir a sí mismos y a nadie más.

Resentía y aborrecía cada grito de alegría que les llegaba de la colina de enfrente, como si continuamente estuviesen viendo algo nuevo, o recibiendo algún Don. Algo estaba pasando allí que no lograba ver desde donde él estaba, pero debían ser sorpresas nuevas y continuas. Cosas maravillosas e inesperadas que hacía que los hombres y mujeres luminosas celebrasen sin cesar.

Los rasgos de la gente que era como él fueron degenerándose bajo la luz blanquecina hasta sugerir el aspecto de demonios, seres absurdos como si hubiesen escapado de una pesadilla alimentada por una fiebre intensa. Se vieron a sí mismos, máquinas humanas hechas para crear terror. Mientras tanto el semblante de sus enemigos resplandecientes cambió también, pareciendo ángeles gloriosos.

Se vio sus manos, brazos y piernas iluminados por aquella luz que seguía cayéndoles encima y gimió profunda y largamente. Escuchó a los demás hacer lo mismo, viéndose a sí mismos cada vez más oscuros y desgarrados, menos reconocibles, menos humanos. Supo que jamás llegaría a cansarse de llorar por su cuerpo tenebroso, por su situación,

por lo que ahora era.

Lloró de rabia.

Se vio una y otra vez, palpándose el cuerpo con horror y luego con desesperación.

Todo él era un espectáculo aterrador: un cadáver andante en una configuración humana decadente, infectada, semejando más a un demonio que a un ser humano.

Todo su cuerpo se encontraba en un estado de avanzada corrupción detenido a mitad del proceso. Le llegó de nuevo la corrección interior haciéndole saber que aquella sería su figura hasta siempre; entonces su odio le llegó al tope. Se dio la vuelta hacia la masa de incandescente pureza que continuaba su descenso del Cielo. Vio la luz, opuesta a la negrura abismal que él y muchísimos más eran.

Por fin la luz terminó de descender sobre toda la geografía de la realidad creada, revelando más bien ser una acumulación incontable de figuras lumínicas con forma humana. Se desgranaron de la visión compacta inicial, separándose multiplicativamente en una irradiación de millones de personas angelicales que se esparcieron a todos lados.

Allí, ante él, estaba la verdad.

La más profunda realidad, la que nunca quiso creer estando en vida.

El panorama de una población de muertos escapados de sus tumbas, la humanidad resucitada, unos para la dicha, otros para la desgracia. Angeles y demonios congregados, dándose cita para el día más espantoso de la historia.

Las Figuras Celestiales por fin tocaron suelo en el cementerio.

Millares iban hacia la parte norte del cementerio. Otras al sur. Y así, a cada punto cardinal de aquel sitio. Por una corrección interior supo que era la tierra entera.

Las Figuras, sin hablar, fueron dirigiendo a los humanos en las colinas y los dispersos alrededor. Los separaron en dos grupos en una planicie gigantesca que no había notado antes que estaba allí, a la par de los dos montículos. Era un área imposiblemente grande. Hacia allí debían todos reunirse.

No había uno solo que quedara sin ser considerado.

Ni uno que pudiera esconderse.

Ni uno que pudiera escapar.

Todos fueron llamados por los angelicales personajes.

Entró en desesperación cuando vio que los grupos eran formados de acuerdo a la naturaleza de sus integrantes. No clasificados por orden alfabético, no por estatura, no por sexo... sino por su naturaleza: brillantes o cadavéricos. Y ya sabía él quién era y con quién le tocaría agruparse.

Le dolió fuertemente el estómago, un agujero que olía a azufre. Sus ojos, rojos e hinchados, brillantes de maldad y desesperación, miraban a su derecha, envidiosos, a los hombres de cuerpos radiantes y rebosantes de felicidad. Los miró largo tiempo, pensando cosas espantosas, cargadas de odio y envidia. Algunos de aquellos hombres brillantes se volteaban por momentos para ver, entristecidos, a los que habían perdido su felicidad. Pero parecía que era demasiado el esfuerzo que debían hacer para sentir pena o incluso interés por los monstruos, y pronto regresaban la atención a su grupo, para continuar con la alegría que reinaba entre sí.

El, de similar manera regresó su atención a su grupo de miserables y sin poderlo evitar se topó con la primera persona que había descubierto al pie de su tumba, cuando resucitó de entre los muertos, con quien habían caminado juntos. Por lo visto ese otro

lo había seguido y se había quedado a su lado todo el tiempo en la colina.

Ahora comprendía por qué aquel cadáver lo había seguido desde el principio.

Por fin se percataba.

Ese otro monstruo era su esposa.

Se paralizó.

Era ella... Su amadísima esposa... La que estaba enterrada junto a su tumba, resucitada a la vez que él, los dos uno al lado del otro todo aquel tiempo que llevaban deambulando en el cementerio.

La vio con una expresión imposible, mas ella no expresó sorpresa. Ella ya lo sabía. En todo momento supo que ese cadáver espantoso a su par era él, su esposo.

No podía ser... Ella, por quien hubiera dado su vida... condenada para siempre.

Sintió que moría, mas no podía realmente hacerlo.

Quería morir de la tristeza y el espanto, por la desesperación de saber que no podía hacer nada por ella.

Empezó a atormentarse por la culpabilidad. ¿Y si ella quizás condenó su alma por su culpa, su mal ejemplo, su falta de mortificación y valentía, su falta de oración y Fe?

Cuando ella vio que él había comprendido quién era ella, lloró.

El también.

Lloró, quería morir, sacarse los ojos, pero no pudo.

La muerte ya no existía.

Sólo quedaba tiempo infinito convertido en eternidad para continuarse machacando, acusarse, lamentarse y odiarse.

Duró aquel genuino gesto de amor apenas un instante. Muy pronto el amor, incapaz de encontrar hogar en sus almas y corazones malditos, fue devorado por la nueva naturaleza que regía en ellos y se transformó en un profundo odio del uno al otro. Iba a responder al poderoso mandato interior de su rencor realizando recriminaciones y acusaciones, cuando una novedad le hizo posponer su intención.

A pesar de la distancia entre él y los hombres brillantes, algo le llamó la atención. Estaban lejísimos y aun así podía ver multitud de detalles en cada uno de ellos.

No comprendía cómo podía darse semejante fenómeno, pero podía ver los más pequeños detalles de ellos desde allí. Y entre los dulces rostros brilló uno conocido. Sintió su negreado corazón inflamarse de tristeza. La cara lo vio y la intensa felicidad que le era propia se redujo, como mermando. Lo siguió viendo desde allá, con sus ojos celestiales directo a sus ojos perversos. El hombre perfecto soportó desde allá el horror de aquella visión y le sonrió débilmente. Una lágrima cubrió sus ojos celestes. Luego, sus delicados labios se volvieron a estirar, alegrándose en una sonrisa imposible de contener y empezaron a hablarle a los suyos, dirigiéndoles palabras suaves y, su cara, ahora siguiendo la dirección de sus palabras, se fue volteando hacia sus semejantes hasta quedar de nuevo conectado con ellos, continuando aquella maravillosa celebración, llena de dicha, anécdotas, impresiones maravillosas y oraciones de bendición al Dios de Misericordia... dejando atrás aquel fugaz encuentro. Quizás olvidándolo para siempre.

Vio aquello con furia y un sentimiento de injusticia. Volteó a ver a su esposa. No supo si ella lo había visto también.

Descubrió que estaba temblando por la impresión de haber visto al hombre perfecto.

Tembló, no porque era perfecto sino porque había reconocido quién era.

Aquel ser de dicha era su hijo.

Pero no era un niño pequeño sino inexplicablemente era adulto, completo.

La última vez que lo vio tenía sólo 4 años, un minuto antes de morir bajo las ruedas

de aquel automóvil. Cuatro muchachos emborrachados celebraban su graduación del colegio, coronándola con el deceso de un niño que nunca llegaría a conocer el colegio siquiera.

Y, sin embargo, allí estaba él. Su hijo. En la colina del frente. Un ser luminoso, feliz, dichoso. Su hijo perfecto lo vio a él y luego a su esposa. Y los había reconocido.

Dicha, miseria, locura. Imposible concretar lo que estaba sufriendo interiormente.

Sintió gran odio hacia su hijo. Por su culpa él estaba condenado; nunca dejó de odiar a sus asesinos. Si no hubiera muerto, no los hubiera odiado y nunca se hubiera condenado. Pero nunca los perdonó, nunca aceptó a su esposa diciéndole que debía imitar a Cristo en la Cruz perdonando a quienes Lo habían asesinado, incluso siendo El su Salvador. Detestó a su esposa por quererle imponer criterios imposibles. Era errado que El perdonara a los malditos que Lo mataron. Era errado perdonar a los malditos que acabaron con su hijo. Y de ese error se desencadenó una serie de males periféricos hasta que terminaron ahogándolo, desquitándose con los más cercanos a él. Le llevaron la Fe muchas veces, pero le parecía absurdo todo, como una historia de fantasía: Santos, Angeles, una Virgen Madre, Panes que eran Dios... Inventos humanos. Su esposa se convirtió en blanco del odio hasta que logró aplastarla a ella y pervertirla como él hasta que ella respondió a su altura odiándolo de regreso y luego a los universitarios borrachos.

-Viento siembras, tempestades cosecharás -le dijo el Sacerdote con una lágrima en los ojos-. ¿Cuánto más debo rezar por ti y mortificarme, para que veas, para que des la oportunidad a la Luz de Dios? Hijo mío... sólo un alma tienes... sólo una...

Volteó los ojos hacia su hijo distante de nuevo y observó que, tras un esfuerzo increíble, su hijo, de unos treinta años de edad ahora, recibió su solicitud y consiguió voltear su cara una vez más hacia él, y con una voz dulce, suave, bella, le habló desde allá.

Lo que llegó a sus oídos deformes era como el sonido de un arrullo, el sonido precioso del aire atravesando las cuerdas vocales de su hijo, como si fuera brisa limpia y pura viajando a través de filamentos de algodón y lino. Le dijo algo desde allá que no logró entender, incluía palabras acerca del perdón, del amor, la Divina Misericordia y la Virgen María. No lograba captar todo, era demasiado rápido para su mente dañada.

De pronto, su hijo, no pudiendo continuar aquella relación innatural, fue silenciándose y se volteó hacia los suyos. Sin querer, los dejó allí, aparte, a él y a ella, su padre y su madre.

Con los puños apretados se volteó. Ella seguía de pie a su lado viendo aquel tristísimo espectáculo entre padre e hijo.

Luego ella vio a su hijo.

Se le volcó el corazón al descubrir que su muchacho estaba ya imposibilitado para verlos, incluso siquiera recordar que habían existido. Para su hijo había olvidado ahora. No podía evitarlo. En cambio, para ella y su marido, lo que quedaba era el recuerdo, como un gusano hambriento metido en el interior de sus cerebros, recordándoles su culpa, su error, comiendo cada partícula de consciencia con aquel mensaje imposible de apartar de la imaginación.

Volteó ella a ver a su marido.

No supo si él captó, pero se lo dijo dos veces. La primera con tristeza:

-El esfuerzo que pusiste para condenarte... si lo hubieras puesto para ser Santo, ahora

estarías allá, del otro lado, con tu hijo.

La segunda, con odio y recriminación:

-Los sacrificios que hiciste para pecar... si lo hubieras hecho para ser Santo, ahora estarías conmigo, los tres, del otro lado.

Pero no.

Ya muy tarde.

No había llanto ni súplica que pudiera aliviarlos.

No había negociación posible.

No había juez a quién apelar, ni explicar.

No había ya espacio para compasión de nadie.

Antes de recibir la orden de empezar a caminar en grupo, a su lado pasó una de las Figuras Celestiales encargadas del traslado de las masas. Era una criatura de imponente estatura y aspecto robusto.

En un intento irracional por evadir el horrendo futuro que ya presentía, se dirigió al Angel para tratarlo de sobornar. Iba a implorarlo, a tratar de convencerle. Gritaría, lloraría, ¡haría lo que fuese! Le explicaría que hubo un error, que el rencor que había tenido en la tierra tenía sólido fundamento. Le demostraría que su condenación era un error. Sabía que no tenía tiempo, improvisaría si fuese necesario; tal vez tendría un poco de piedad de él y de alguna manera lo pondría junto con los otros, con los que brillaban de dicha y felicidad. Se escondería entre ellos, se rodearía de ellos, se encucillaría y arrodillaría para que no viese nadie su fealdad y oscuridad tenebrosa.

Dio un paso al frente y extendió un brazo hacia el Angel.

En el instante que vio a sus ojos, la debilidad se manifestó poderosa dentro suyo y cayó de rodillas, rasgándose el hueso bajo la delgada piel al chocar con una piedra.

Era imposible. El Angel tenía la cara resplandeciente y era tal la belleza y bondad de sus ojos, su poder, su integridad en el cumplimiento de sus órdenes y la autoridad inexplicable de su presencia, que no pudo emitir sonido alguno. Sencillamente, lo vio y cayó, de golpe.

Estaba perdido.

No tenía salvación.

La tuvo, y grande, pero perdió su oportunidad al momento de morir.

Ahora lo que tenía era su paga, incambiable e ineludible. Había perdido su vida, su alma y su felicidad. Ahora estaba por empezar su viaje, un viaje sin fin a las entrañas de la tierra, a las estrellas, a otro estado de las cosas... no sabía, pero sí sabía su nombre.

Rimaba con *eterno*.

Se atrevió a pensarlo:

In-fier-no.

Sabía lo que le tocaba, contra quién se enfrentaría en aquellos parajes espeluznantes que le aguardaban, el ser malévolos y malditos, la esencia de la maldad, ávidos por torturar sin matar, necesitados de dañar sin destruir. Por millares de años aquel ser venía esperando aquel día en que finalmente tendría consigo a los suyos, todos los seres humanos que habían despreciado a Su Creador y Salvador, a los que Le habían dado la espalda a Su Redentor. Y con cuánta más saña se encargaría de aquellos que tuvieran la señal del Bautismo en su alma... El odio infinito del demonio se volcaría sobre él, sobre su esposa, sobre todos ellos.

Desde ya empezaba a odiar a los que eran de su condición. Suficiente eternidad tendría para decírselos en sus propias caras a todo lo largo y ancho de lo que faltaba por

vivir.

No importaba cuántos millones de años llegara a pasar en el infierno, sentiría como si estuviera empezando.

Allí estaría gente conocida y desconocida, que lo rodearían con un odio similar al suyo. No habría amistad, hombros comprensivos donde recostar una cabeza cansada por la tristeza, la soledad y la amargura sin fin. No estaría su hijo. Y, aunque él estuviera allí, tampoco podría ayudarlo. Porque a donde él iba todos eran enemigos. Todos debían odiarse. Esposos y esposas. Padres e hijos. Hermanos y hermanas. Abuelos y nietos. Amigos y vecinos. Por mucho que en vida hubieran dicho que se reunirían en el infierno para continuar allí la fiesta terrena, sabía que era falso.

El infierno sería como ya sabía que era. Cada segundo, cada minuto... cada siglo... como una rueda que no termina jamás. Apenas terminase un milenio empezaría el siguiente.

Iba a ser horrendo. Sin escape ni escondite. Sin salvación. Era ya muy tarde.

Cuando pensó que le tocaba partir hacia el infierno, recibió interiormente el conocimiento que aún faltaban cosas.

Cosas como la aparición de los demonios junto a ellos para más tarde, descender con ellos por fin a la morada del horror eterno.

Cosas como la Procesión de Angeles y Santos del Cielo bajando a la Tierra, dando el puesto de honor a María como Reina de los Angeles y de todo lo creado.

Cosas como la Cruz e instrumentos de la Pasión de Jesucristo que serían visibles ante los ojos de todos.

Cosas como el horripilante Juicio Final, lo que fuese a durar y con la sentencia que muy bien ya conocía cada uno. Sólo faltaba que públicamente se realizase ante los ojos, oídos y conocimiento de cada ser humano que haya vivido sobre la tierra.

Sí, todavía faltaban cosas.

Ya después realizaría su último viaje... su descenso al infierno.

Fue justo en ese mismo momento que algo golpeó su memoria. El infierno... El horror de los horrores. No podía ser.... Ahora lo recordaba.

El infierno.

¿Cómo pudo olvidarlo? Allí había estado ya por largo tiempo después de su muerte y su Juicio Personal con Jesucristo. Allí había estado por largo tiempo... ¿Por qué no recordaba eso sino hasta ahora si había sido espantosamente largo y horrendo? Aquella experiencia horripilante donde un segundo se había sentido como que hubiese durado meses enteros, aquel estado espeluznante del alma, rodeado por otros como él y los demonios.

Un dolor espantoso recorrió su organismo completo sabiendo que regresaría allí, y que ahora ya sabía lo que le tocaba. Lo estaba recordando.

La única novedad es que ahora regresaba allí con su cuerpo resucitado, aunque no como siempre pensó que sería. No como los hombres luminosos, como su hijo, sino como lo que era ahora y su esposa, en forma repugnante y corrupta.

Sabía que estaban todos reunidos allí, en la tierra, en un escape temporal del infierno para el Juicio Final. Pero ya regresaría allí de nuevo, para ya no volver jamás a salir de allí.

Sintió otra vez en su pecho la sensación repugnante del gusano comiendo. Angustiado se palpó con fuerza, pero era interior. Un gusano de tormento de ideas, el mismo que le atormentó el tiempo que estuvo en el infierno. El mismo que hace un rato se activó cuando vio a su hijo luminoso. El mismo que seguiría devorándolo por dentro

por siempre. Aquel gusano asqueroso que continuaría masticando remordimientos, rumiando la misma cosa una y otra vez:

*Todo el esfuerzo que puse para condenar mi alma inmortal...
Si lo hubiera puesto para amar a Dios y al prójimo, ahora
estaría entre los elegidos, los salvados, los dichosos...*

Negó con la cabeza. Locura. Todo estaba perdido. El tiempo para pedir perdón ya pasó. El tiempo para arrepentirse y enmendar la vida quedó atrás.

El gusano pasó a masticar ahora otra idea, de cuando estaba vivo en la tierra:

*Si Dios no existía, no tenía importancia si hubiera vivido como santo o pecador.
Todo hubiera terminado en la nada, en la no-existencia. Ante esa posibilidad,
había sido una estupidez haber vivido como pecador y no como Santo.*

Pero si Dios existía y moría como pecador, se condenaría eternamente.

Lo inteligente hubiera sido vivir como Santo. Ahora estaría salvado por la eternidad.

El gusano rumió esto y aquello. Se movilizó dentro suyo, cada recuerdo, cada dolor, cada oportunidad, cada error, mientras realizaba surcos con sus uñas en su pecho y cabeza, intentando desembarazarse inútilmente de él.

Recordó la voz del demonio en el infierno:

-Maldito ingrato. Dios sufrió y murió por ti, pero tú me elegiste a mí, que no hice más que darte tentaciones y males. Te mereces lo peor. Y yo te lo voy a dar.

Gritó al aire como un hombre lobo herido, como un vampiro sediento.

-¡Pude haber sido uno de ellos! -sus ojos miraban envidiosos a la humanidad inmersa en la gloria.

Muy tarde ya. Con su último suspiro perdió esa oportunidad. Y con él, concluía su historia, pero sólo para empezar otra: la más escalofriante historia de horror posible. La peor de las historias, peor que zombis que comen entrañas de los vivos, peor que monstruos que habitan bajo las camas y en los armarios, peor que momias que reviven y absorben los espíritus de sus víctimas. Esta es la más espantosa historia de terror, porque no proviene de la creatividad humana, sino que es un recuento anticipatorio de la verdad más profunda y cruda. Y el monstruo es él.

*La más espantosa historia de terror
es aquella que no es ficción.*

FIN